

bargo tenía sueño. Los remordimientos que tanto le habían acosado la noche anterior, lejos de disminuirse le punzaban con más fuerza, y sin embargo tenía sueño. El orden y gobierno establecidos por tantos años en aquel castillo estaban expuestos á un trastorno. La sumision ilimitada de sus satélites, su fidelidad y su disposicion á obedecer ciegamente su voluntad, en que por tan largo tiempo descansaba, no le ofrecian ya la antigua confianza. Él mismo acababa de introducir en su propia casa la incertidumbre, y quizá la confusion, poniéndolo todo en contingencia: y sin embargo tenía sueño. Entró, pues, en su cuarto, se acercó al lecho mismo en que tanta inquietud había padecido la última noche, y se arrojó á su cabecera ansioso de rezar. Halló, en efecto, en un escondrijo de su memoria las oraciones que le enseñaron en su niñez, y aquellas palabras, tantos años olvidadas y oscurecidas, fueron desarrollándose poco á poco unas tras otras. En este ejercicio encontraba un conjunto de afectos indefinibles, cierta dulzura en volver á los hábitos de la inocencia, cierta exacerbacion de dolor al contemplar el abismo de crímenes y desdichas que mediaba entre aquel tiempo y el presente, un vivo anhelo por conseguir con obras de expiacion una conciencia nueva y el estado más inmediato á la inocencia que ya no le era dado recobrar, y últimamente una gratitud y una confianza ilimitada en la misericordia de Dios, con cuyo auxilio esperaba llegar á tan feliz término, y de la cual tenía ya tan calificadas pruebas. Levantóse despues, se acostó en su cama, y se quedó profundamente dormido.

De esta manera tuvo fin aquel dia, cuya celebridad duraba aún cuando apuntaba estas noticias el autor anónimo de quien las hemos tomado, y que, á no ser por él, quedaran perdidas en el olvido, puesto que Rívola y Ripamontí, ya citados, se contentan con decir que aquel tirano tan famoso despues de una conferencia que tuvo con el cardenal Federico Borromeo, mudó enteramente de vida con asombro de todo el mundo. ¿Y tantos son por ventura los que han leído estos dos autores? Méenos sin duda que los que han de leer

esta historia. ¿Y quién sabe si algun curioso que tuviese habilidad y deseo de hallarla, encontraria en aquel valle alguna



Aquel tirano tan famoso mudó enteramente de vida.

remota y oscura tradicion de este suceso? ; Desde entónces acá son tantas y tantas las cosas que han pasado!

## CAPÍTULO XXV

El dia siguiente, en el lugar de Lucía y en todo el distrito de Lecco, no se hablaba de otra cosa sino de ella, del caballero anónimo, del Arzobispo y de otro sujeto que, aunque se complacia en que su nombre fuese muy conocido, esta vez hubiera deseado que nadie se acordase de él. Hablamos de D. Rodrigo.

No porque ántes de ahora no se hablase de sus hazañas, sino porque siempre se hacía con palabras ambiguas, y en secreto. Era necesario que dos personas se tratasen con mucha intimidad para expresarse claramente sobre esta materia; y áun entónces no lo hacian con toda la acrimonia de



que eran capaces; porque los hombres en general, cuando no pueden desahogar su indignacion sin riesgo, no sólo la demuestran ménos, ó la ocultan del todo, sino que efectivamente es menor la que experimentan. Pero en esta ocasion, ¿quién hubiera tenido reparo en preguntar, ó en hablar de un hecho tan estrepitoso en que se habia visto la mano del cielo, y en que hacian un gran papel dos personajes célebres? El uno porque reunia en sí tan grande autoridad y tan vehemente amor á la justicia, y el otro porque parecia la misma prepotencia personificada que llegaba á humillarse, y la flor y la nata de los bravos, que iba, digámoslo así, á rendirse y á deponer las armas. En comparacion de estos, ¡qué ruin personaje apareció D. Rodrigo!

Enlónces comprendian muy bien todos cuán grande era la infamia de molestar á la inocencia para deshonorarla y perseguirla con tan imprudente teson, tan atroz violencia é insidias tan abominables. En aquella ocasion era cuando todo el mundo pasaba revista á las demas hazañas de aquel malvado, y cada uno decia con franqueza su parecer, animado al ver que todos eran del mismo sentir. Murmurábase de él con indignacion en todas partes; pero léjos de sus tiros, por temor á la turba de bravos que le rodeaban.

Una gran parte de esta animadversion pública alcanzaba tambien á sus amigos y aduladores. Con efecto, se le cortaba un buen sayo al señor Podestá, siempre sordo, ciego y mudo acerca de las maldades de aquel tiranuelo; pero se hablaba de él con alguna reserva porque contaba con sus esbirros. Por lo que toca al abogado Tramoya, como no tenía más que bachillerías y embrollos, no se le guardaba tanta consideracion, haciéndose lo mismo con los demas parásitos sus semejantes. Á todos se les señalaba con el dedo y se les miraba de reojo, por lo cual juzgaron conveniente no dejarse ver en mucho tiempo.

Aterrado D. Rodrigo con noticia tan inesperada, y tan diferente de la que aguardaba de día en día, de momento en momento, estuvo encerrado en su castillo sin más compañía

que sus satélites, tragando veneno por espacio de dos dias, al cabo de los cuales partió para Milan. Á no haber mediado otro motivo que las murmuraciones de las gentes, quizá hubiera permanecido allí por lo mismo para arrostrarlas, y acaso al ver el término á que habian llegado las cosas, hubiera buscado ocasion de escarmentar á todos en uno de los más atrevidos; pero lo que le hizo salir fué la noticia indudable de que el Cardenal iba por aquellas partes. El Conde su tio, que nada sabia de su historia, sino lo que le habia contado el conde Atilio, hubiera sin duda exigido que en se-



Aterrado D. Rodrigo con noticia tan inesperada.

mejante ocasion su sobrino hiciese el primer papel al lado del Cardenal, y recibiese en público de su ilustrísima las distinciones correspondientes á su clase; y ya todos ven los buenos antecedentes que habia para ello. Lo hubiera exigido, pidiendo luégo que de todo se le diese una razon circunstanciada, por ser excelente coyuntura para manifestar la estimacion que merecia la familia de una de las primeras autoridades del Ducado. Para librarse de semejante compromiso, se levantó D. Rodrigo una mañana ántes de salir el sol, se metió en su coche, acompañándole á vanguardia y á retaguardia el *Canoso* y demas bravos, y dejada la órden de que le



siguiese luego el resto de la familia, salió fugitivo, como... (permítasenos dar algun lustre á nuestros personajes con alguna honrosa comparacion) como salió de Roma Catilina, bufando y jurando volver presto de distinto modo para vengarse.

El Cardenal entre tanto iba visitando las parroquias del territorio de Lecco. El dia que debia llegar al lugar de Lucía, la mayor parte de los habitantes salieron á recibirle al camino. Á la entrada del pueblo, al lado mismo de la casita donde vivian madre é hija, se habia construido con palos y cañas un arco triunfal revestido y adornado de ramos y flores. La fachada de la iglesia estaba adornada con tapiques; todas las ventanas del pueblo colgadas con colchas, sábanas, fajas de niños en festones y todo lo mejor que tenían aquellas buenas gentes, y que, siendo cosas de uso diario, parecian adornos de lujo. Á la hora de visperas, que era la misma en que el Arzobispo acababa de llegar á la iglesia, los que habian quedado en las casas, viejos, mujeres y especialmente muchachos, salieron tambien á recibirle, parte en órden y parte á bandadas, presididos todos por D. Abundo, apurado y aturdido en medio del bullicio de las gentes que subian y bajaban, y que, segun él mismo decia, le trastornaban la vista, y temeroso de que las bachillerías de las mujeres le pusiesen en el caso de tener que dar cuenta del asunto del matrimonio.

En esto apareció el Cardenal, ó, por mejor decir, la muchedumbre, en medio de la cual se hallaba en su litera con su acompañamiento, pues de todo esto sólo se veia sobresalir por encima de las cabezas el extremo de la cruz que llevaba delante en una mula el capellan destinado á este oficio. La gente que iba con D. Abundo corrió de tropel á incorporarse con la que venía con el Cardenal. y D. Abundo, despues de haber dicho tres ó cuatro veces « poco á poco, despacio : ¿ qué hacéis ? » se volvió despechado, y diciendo entre dientes : « Esta es una Babilonia ; es una Babilonia, » se dirigió á la iglesia que aún estaba desocupada, y allí estuvo aguardando.

Adelantábase el Cardenal dando bendiciones, y recibiendo del concurso, que apenas podian contener los de la comitiva. Como paisanos de Lucía, aquellos pobres aldeanos hubieran querido obsequiar al Arzobispo con demostraciones extraordinarias ; pero no era esto muy fácil, porque ya de mucho tiempo en todas partes adonde llegaba se esmeraban las gentes en hacer cuanto podian. Ya al principio de su pontificado, la primera vez que entró solemnemente en la catedral, fué tan grande la afluencia del pueblo, que estuvo para perder la vida ; y algunos caballeros que estaban á su lado sacaron las espadas para contener la muchedumbre : tan incultas y violentas eran las costumbres de aquellos tiempos, que, aún para hacer demostraciones de amor y respeto á un obispo en su misma iglesia, corria riesgo de ser atropellado ; y sin duda la amenaza de que hablamos no hubiera bastado, si dos clérigos robustos de ánimo y de cuerpo no lo hubieran levantado en sus brazos para llevarle en vilo desde la puerta de la iglesia hasta el altar mayor : desde entónces en todas las visitas que tuvo que hacer, se puede contar su primera entrada en las iglesias, sin que parezca exageracion, entre sus trabajos pastorales, y á veces entre los peligros de su vida.

Entró, pues, en aquella como pudo, se dirigió al altar, y allí, despues de haber orado, habló, segun su costumbre, cuatro palabras á los concurrentes, haciéndoles presente el amor que les tenia, y el deseo de su salvacion, indicándoles el modo de disponerse para la funcion del dia siguiente. Pasó en seguida á casa del cura Párroco, y entre las muchas cosas acerca de las cuales tuvo que conferenciar con él, le preguntó por las circunstancias y la conducta de Lorenzo. Contestó D. Abundo que era un mozo algo vivo, algo testarudo y algo colérico : pero á preguntas más precisas y determinadas tuvo que responder que era hombre de bien, y que él mismo no sabia comprender cómo en Milan habia hecho todas las diabluras de que se hablaba.



— En cuanto á la jóven, ¿ cree usted — prosiguió el Cardenal — que puede volver á su casa sin riesgo?

— Por ahora — respondió D. Abundo — me parece que puede venir y permanecer; digo por ahora... pero, — añadió con un suspiro — sería necesario que su ilustrísima quedáse siempre aquí ó muy cerca.

— El Señor siempre está cerca, — dijo el Cardenal. — Por lo demas, yo pensaré cómo ponerla en paraje seguro.

Y dió inmediatamente la órden para que el dia siguiente muy temprano se despachase la litera con escolta para traer á las dos mujeres.

Salió D. Abundo muy contento, viendo que el Arzobispo le habia hablado de Lorenzo y Lucía, sin decirle palabra por haberse negado á casarlos.

« Luégo nada sabe, decia para sí. Ines ha callado. ¡Qué milagro! Sin embargo, necesito verla otra vez para darle nuevas instrucciones. Sí, la veré. » Y no sabia el pobre hombre que el Arzobispo no habia hablado sobre el particular expresamente, porque era su ánimo tocar este punto más despacio y en mejor ocasion; y ántes de una buen reprimenda queria oír sus razones.

Pero los proyectos del buen prelado con respecto á la colocacion de Lucía eran ya inútiles, pues despues de haberla dejado en casa del sastre, habian sobrevenido las cosas que vamos á referir.

Las dos mujeres, en los pocos dias que tuvieron que pasar en su nuevo asilo, tomaron cada una, en cuanto pudieron, su antiguo y acostumbrado régimen de vida. Lucía pidió algo que trabajar, y como lo hacía en el convento, no dejaba la aguja de la mano en una piecicita retirada, léjos de la gente. Ines salia algunas veces, y otras se ocupaba en remendar alguna ropa en compañía de su hija. Sus conversaciones eran tanto más tristes cuanto más afectuosas. Las dos estaban resignadas á separarse, porque la oveja no podia volver cerca de la cueva del lobo. Pero ¿cuándo y cómo se verificará semejante separacion? Intrincado y oscuro era para

ellas el porvenir, y especialmente para una; sin embargo, Ines no dejaba de hacer conjeturas de color de rosa, pensando que no habiéndole sucedido á Lorenzo alguna desgracia, no debia tardar en darles noticias de su persona, y en decirles si habia encontrado que trabajar y donde establecerse: y manteniéndose, como no podia dudarse, en su propósito de cumplir su palabra á Lucía, ¿qué dificultad habia en irle á buscar? Con estas esperanzas entretenia á menudo á su hija, cuyo dolor al oirla era quizá mayor que su pena para haber de responderle. Siempre habia ocultado su gran secreto, é inquieta por el disgusto que le causaba el usar de semejante supercheria con tan buena madre, pero al mismo tiempo contenida casi invenciblemente por la vergüenza y otros varios temores, iba difiriendo de hoy á mañana el descubrirlo. Por otra parte, sus designios eran muy diferentes de los de su madre; ó, por mejor decir, ningunos tenia formados, poniéndose enteramente en manos de la Providencia. Procuraba por tanto mudar de conversacion, ó en términos generales contestaba que ya no tenia en éste mundo otra esperanza ni deseo sino el de reunirse con su madre en su casa; y las más veces venian las lágrimas á hacer con oportunidad el oficio de las palabras.

— ¿Sabes tú por qué se te figura eso? porque, como has sufrido tanto, no crees que las cosas puedan tomar otro aspecto; pero deja obrar al Señor; y si... como se presente un rayo de luz, sólo un rayo, me dirás entónces si no piensas en nada.

Besaba Lucía á su madre y prorumpia en nuevo llanto.

Ya entre ellas y sus huéspedes se habia establecido una grande amistad. ¿Y en dónde se estrecha con vínculos más fuertes, sino entre bienhechores y favorecidos, cuando unos y otros son honrados y buenos? Ines con especialidad charlaba mucho con el ama de la casa; luégo el sastre las entretenia con historias y discursos morales, y sobre todo en la mesa siempre tenia algo que contar del valiente Roldán, ó de los Padres del desierto.



Á pocas millas de aquel lugar pasaba el otoño en una quinta suya un matrimonio de gentes distinguidas, cuyos nombres eran D. Ferrante y doña Práxedes. Era esta una señora vieja muy propensa á hacer bien, oficio seguramente el más digno que puede ejercer el hombre, pero que por desgracia suele alguna vez tener sus inconvenientes como todos los demas. Para hacer el bien es menester conocerlo, y lo mismo que las demas cosas, no podemos conocerlo sino en medio de nuestras pasiones, por nuestros juicios y con nuestras ideas, las cuales á veces no son las más ajustadas. Doña Práxedes se gobernaba con sus ideas del mismo modo que, segun dicen, deba hacerse con los amigos. Con efecto eran pocas, y les tenía singular apego. Entre ellas habia algunas por desgracia bastante torcidas, y no eran estas las que ménos amaba : de aquí nacia que no siempre era el bien lo que reputaba tal, ni los medios de lograrlo acertados ó justos, pues solia ver las cosas al revés de lo que eran en sí realmente, como más de una vez nos sucede á todos, aunque no con la frecuencia que á la indicada señora.

Al oír doña Práxedes el gran acontecimiento de Lucía, y todo lo que en aquella ocasion se decia de ella, entró en curiosidad de verla, y mandó un coche con un criado antiguo para que le condujese á la madre y á la hija. Esta se encogió de hombros, y pidió al sastre que fué el que les dió el recadó, que las disculpase. Miéntras fué gente como suele decirse, de poco pelo la que trató de conocer á la jóven del milagro, el sastre se prestó siempre á hacer lo que solicitaban; pero en este caso miró la resistencia como una especie de grosería. Hizo tantos visajes y tantas exclamaciones; dijo que eso no era regular; que era una casa grande; que á los señores no se les hacian semejantes desaires; que podian hacer su fortuna, y que la señora doña Práxedes, ademas de todas sus circunstancias, era tambien una santa, y en fin, alegó tantas razones y argumentos á su manera, que Lucía tuvo que ceder con tanto más motivo, quanto Ines confirmaba todas aquellas razones y argumentos con otros tantos : « ¡ cierto ! ¡ cierto ! »

Llegadas ambas á la presencia de doña Práxedes, las acogió esta con felicitaciones y muestras de aprecio y cariño, preguntó, aconsejó, y todo con cierta superioridad innata, templada con tantas expresiones humildes, tantas ofertas, tantas apariencias de devocion, que Ines al momento, y poco despues Lucía comenzaron á sentirse aliviadas de aquel respeto



Llegadas ambas á la presencia de doña Práxedes, las acogió esta con felicitaciones.

opresor que al principio les habia infundido la presencia señorial de doña Práxedes, y ya encontraban en ella no poco atractivo. En una palabra, oyendo doña Práxedes que el Cardenal se habia ofrecido á buscarles un asilo, movida del deseo de contribuir y anticiparse á aquella buena intencion, se ofreció á recibir á la muchacha en su casa, en donde no tendria más ocupacion que la de coser, planchar é hilar, añadiendo que tomaba á su cargo el ponerlo en noticia de su Ilustrisimá.

Ademas del bien muy obvio é inmediato que presentaba aquella obra de caridad, otro encontraba y se proponia doña



Práxedes mucho más importante, según su modo de ver, cual era el de disipar sus errores y reducir á la buena senda á quien tanto lo necesitaba. Porque desde que oyó la primera vez hablar de Lucía, creyó al momento que en una jóven que prometió su mano á un calavera, á un alboratador, no podia ménos de haber alguna mácula oculta, por aquello de « dime con quién andas y te diré quién eres. » Habíala confirmado en semejante opinion la visita de Lucía, no porque en lo esencial no le pareciese una buena muchacha, sino porque habia algo que deducir del concepto de completa. Aquella cabecita baja, metida en el pañuelo del cuello, y el no responder, ó el responder á pausas y como por fuerza, aunque debian indicar pudor, para doña Práxedes manifestaban terquedad, y según ella, no era necesario mucho para adivinar que en aquella cabecita bullian sus caprichitos. No le parecia bien aquel ponerse colorada á cada instante, y el reprimir los suspiros, y tampoco le gustaban sus ojos. Estaba muy persuadida, como si lo hubiese sabido por buen conducto, que todas las desgracias de Lucía eran un castigo del cielo por su compromiso con aquel bribon, y un aviso de que le olvidase para siempre; y en este supuesto se proponia contribuir á tan buen fin, pues, según decia con frecuencia, todo su coráto se reducía á cooperar á la voluntad del cielo; pero le sucedia con frecuencia que tomaba por cielo su cerebro. En cuanto á su segunda intencion, se guardó muy bien de manifestarla, porque tenía por máxima que, para llevar felizmente á cabo un buen negocio, la principal cosa era, en la mayor parte de los casos, no dejar que se trasluciese.

Miráronse madre é hija, y supuesta la triste necesidad de separarse, el ofrecimiento les pareció muy admisible, áun cuando no hubiese sido más que por la intermediacion de aquella quinta á su lugar, pues á turbio correr, hubieran podido abrazarse en el próximo verano. Viendo la una en los ojos de la otra el consentimiento, se volvieron ambas á doña Práxedes, dándole las gracias como de quien admite. Reiteró esta las demostraciones de cariño y las promesas, añadiendo

que dentro de poco le remitiría una carta para su Ilustrísima. Así que salieron las dos mujeres, hizo doña Práxedes que le escribiese la carta D. Ferrante, de quien, por ser literato, como veremos más adelante, se servia en calidad de secretario en las ocasiones de empeño. Tratándose de asunto de tanta importancia, apuró D. Ferrante todo su ingenio, y entregando el borrador á su esposa para que le copiase, le encargó con mucho ahinco la ortografía, que era una de las cosas que más habia estudiado, y de las pocas sobre las cuales tenía mando en su casa. Copió doña Práxedes exactamente la carta, y la remitió á casa del sastre. Esto sucedió dos ó tres días ántes que el Cardenal despachase la litera para conducir á su casa á las dos mujeres.

Llegaron estas cuando el Cardenal aún no habia ido á la iglesia, y fueron á apearse á la casa parroquial, en donde habia orden de introducirlas en cuanto llegasen. El Capellan secretario, que fué el primero que las vió, lo ejecutó, deteniéndolas solamente el poco tiempo que necesitaba para instruir las un poco acerca del ceremonial que debian emplear hablando al Arzobispo, del tratamiento que debian darle, cosa que de oculto hacia siempre que podia, porque era para él un tormento continuo el poco orden que habia sobre este particular. — « Todo esto sucede, decia, con los demás de la familia, por la demasiada bondad de este bendito señor, y por su mucha familiaridad: por manera que yo mismo he oido más de una vez contestarle *si y nó.* »

Hallábase et Cardenal justamente hablando en aquel instante con D. Abundo sobre asuntos de la parroquia; de modo que tampoco este tuvo lugar de hacer á las mujeres las prevenciones que deseaba. Solamente al pasar á su lado, cuando él salia y ellas entraban, pudo darles á entender con los ojos que estaba contento de su proceder, y que guardasen reserva como mujeres de bien.

Después de la buena acogida por una parte, y las primeras cortesías por otra, Ines sacó del pecho la carta y se la entregó al Cardenal, diciendo:



— Es de mi señora doña Práxedes, la cual dice que conoce mucho á usía ilustrísima, como naturalmente todos los señores deben conocerse : leyéndola lo verá usía ilustrísima.

— ¡ Muy bien ! — dijo el Cardenal, despues de haber leído la carta, y haber sacado el sentido entre las metáforas y los piropos de D. Ferrante.

Conocía bastante aquella casa para estar seguro de la buena intencion con que era admitida Lucía, y de que estaría libre de las asechanzas de su perseguidor. No sabemos á punto fijo qué concepto tenía formado de la cabeza de doña Práxedes ; probablemente no sería la persona que hubiera escogido para semejante encargo, pero no solia, como hemos dicho y dado á conocer en otra parte, deshacer las cosas hechas por aquel á quien pertenecian, para volverlas á hacer mejor.

— Sufrid con resignacion — añadió — tambien esta separacion, y la incertidumbre en que os halláis, con la esperanza de que será corta, confiando en que Dios dirigirá las cosas á su verdadero término, y que lo que quiera, será siempre lo mejor para vosotras.

Dió á Lucía en particular algunos consejos, consoló á las dos, las bendijo y las despidió.

Al salir á la calle se hallaron rodeadas de una infinidad de amigos y amigas, y se puede decir de todo el lugar que las aguardaba, y las acompañó á su casa como en triunfo. Entre aquellas mujeres, unas se congratulaban, otras hacian preguntas, y todas manifestaban disgusto al oír que Lucía debia ausentarse el dia siguiente. No eran menores las demostraciones de los hombres : cada uno se ofrecia á guardar su casa aquella noche, y aquí se confirmaba aquel refran que dice : « ¿ Quieres tener mucha gente en tu ayuda ? haz por no necesitar á ninguna. »

Aunque acogida tan bulliciosa aturdió á Lucía, no dejó de serle de alguna utilidad, distrayéndola de pensamientos que, aún entre la confusion, le ocurrían en aquella puerta, en aquella salita, y, en fin, á la vista de todos aquellos objetos.

Al toque de la campana, que anunciaba que iba á empezar la funcion, se dirigieron todos á la iglesia, y la vuelta fué otro paseo triunfal para Ines y Lucía.

Concluida la funcion, entró D. Abundo á ver si Perpétua lo habia dispuesto todo bien para comer, cuando le avisaron que el Cardenal queria hablarle. Acudió inmediatamente al aposento de su ilustre huésped, el cual, habiendo dejado que se aproximase :

— Señor Cura, — le empezó diciendo, de un modo que le dió á entender que aquellas palabras eran el principio de un largo y serio razonamiento, — señor Cura, ¿ por qué no casó usted á esa Lucía con el que tenía comprometida su palabra con ella ?

« Ya esas habladoras han vaciado el buche esta mañana, » dijo para sí D. Abundo, y respondió como balbuciente :

— Señor ilustrísimo, es muy probable que su Ilustrísima haya oído hablar de lo ocurrido en este negocio, en que hay tal enredo, que aún en el dia no es fácil desenmarañarlo, como usía ilustrísima puede deducirlo viendo aquí á la muchacha como por milagro, al cabo de tantas aventuras, y sin saber despues de otras tantas dónde está el mozo.

— Pregunto, — replicó el Cardenal, — si es cierto que ántes de todos esos sucesos se negó usted á celebrar el casamiento cuando lo solicitaron, y por qué motivo.

— ¡ Ah ! ; si usía ilustrísima supiera !... ¡ Qué intimaciones ! ¡ Qué órdenes de no hablar !...

Y sin coucluir, quedó D. Abundo en ademan de dar á entender respetuosamente que sería una imprudencia el querer saber más.

— ¿ Cómo ? — dijo el Cardenal con una gravedad poco comun en él. — Su obispo de usted es quien, por su obligacion, y para justificacion de usted, quiere saber por qué no hizo lo que debia.

— Señor ilustrísimo. — contestó D. Abundo haciéndose el chiquito ; — no quise decir... me pareció... que siendo cosas muy complicadas, antiguas y sin remedio, sería inútil



revolver... pero digo... sé que su ilustrísima no querrá comprometer á un pobre párroco ; porque ¡ ya se ve ! como usía ilustrísima no puede hallarse en todas partes, y yo quedo aquí expuesto... pero ya que su ilustrísima lo manda, diré... sí, señor, lo diré todo.

— Diga usted : me alegraré de no hallarle culpado.

D. Abundo entónces empezó á contar la dolorosa historia ; pero suprimió el nombre principal, sustituyéndole la expresion de « un gran señor », dando de este modo á la prudencia todo lo que era posible en semejante apuro.

— ¿ Y no ha tenido usted otro motivo ? — preguntó el Cardenal despues de haberlo oido.

— Quizá no me he explicado bien, — respondió D. Abundo ; — pena de la vida me pusieron para que no hiciera aquel casamiento.

— ¿ Le parece á usted una razon suficiente para dejar de cumplir una obligacion tan precisa ?

— Siempre he procurado cumplir con mi deber, aún con las mayores incomodidades y molestias ; pero cuando se trata de la vida...

— Cuando se presentó usted á la Iglesia — dijo el Cardenal con mayor gravedad — para recibir este ministerio, ¿ la Iglesia le aseguró á usted la vida ? ¿ Le dijo á usted que las obligaciones anexas al ministerio estaban libres de todo obstáculo, exentas de todo peligro, ó que donde comenzaba el peligro, allí cesaban las obligaciones ? ¿ No le dijo á usted todo lo contrario ? ¿ No le manifestó que os enviaba como una oveja entre los lobos ? ¿ No sabiais que habia hombres violentos á quienes desagradaria lo que se os mandaba ? Aquel que nos ha transmitido su doctrina, y á cuyo ejemplo nos llamamos, y dejamos que nos llamen pastores, viniendo á este mundo para ejercer semejante oficio, ¿ puso por condicion que se le librase la vida ? Y para prolongarla unos pocos dias más en la tierra á costa de la caridad, ¿ se necesitaba la uncion santa, la imposición de las manos, la gracia del sacerdocio ? El mundo es quien puede enseñar esta doctrina. Pero ¿ qué

digo ? ¡ Oh ignominia ! El mundo mismo la desecha : tambien él establece sus leyes, que señalan el bien y el mal : tiene él igualmente su Evangelio, un Evangelio de orgullo y de odio, y no permite que se diga que el amor de la vida es una razon



¿Cuál es la buena noticia que anunciáis á los pobres ?

para faltar á sus preceptos. No lo permite, y se le obedece. ¿ Y lo haremos nosotros ? ¿ Qué sería de la Iglesia si este lenguaje fuera de todos vuestros cohermanos ? ¿ En dónde estaría si se hubiera presentado en el mundo con semejante doctrina ?



Estaba D. Abundo con la cabeza baja, y su espíritu se hallaba entre aquellos argumentos como el pollo entre las garras del gavilán que le tiene elevado á una region desconocida, y en una atmósfera que nunca respiró. Viendo que era necesario contestar alguna cosa, dijo con cierta sumision no producida por el convencimiento :

— Señor ilustrísimo, no tendré razon : si no se ha de hacer caso de la vida, ya no sé qué decir ; pero cuando hay que habérselas con gente que tiene la fuerza y no entiende de razones, no sé qué es lo que se podria ganar con echarla de valiente. Aquese es un señor con quien no hay que partir peras.

— ¿ No sabéis que el sufrir por la justicia es nuestra victoria? Y si no sabéis esto, ¿ qué es lo que predicáis? ¿ De qué sois maestro? ¿ Cuál es la buena noticia que anunciáis á los pobres? ¿ Quién os pide que venzáis la fuerza con la fuerza? Ciertamente no os preguntarán un dia si habéis sabido contener á los poderosos, porque no se os dió para esto ni comision ni medios ; pero sí os preguntarán si empleasteis los que estaban en vuestra mano para hacer lo que os habian mandado, áun cuando aquéllos tuviesen la temeridad de oponerse.

« ¡ Qué rarezas tienen estos santos! decia para sí don Abundo. En sustancia, segun se ve, le interesan más los amores de dos aldeanos que la vida de un pobre sacerdote. » Y en cuanto á él, se hubiera contentado con que allí diese fin la amonestacion ; pero veia que el Cardenal á cada pausa quedaba como quien aguarda una respuesta, una confesion ó una apología ; en fin, alguna cosa.

— Vuelvo á decir, ilustrísimo señor, que seré culpado... El valor no puede uno infundírselo á sí mismo.

— ¿ Y por qué, pues, pudiera yo contestar, ¿ por qué, pues, abrazasteis un ministerio que impone el estar en continua guerra con las pasiones del siglo? Pero me limitaré á preguntaros : ¿ cómo no os ocurrió que en este ministerio, de cualquier modo que le abrazaseis, si el valor es necesario para cumplir con sus obligaciones, el Señor os le daría infalible-

mente, como se lo pudieseis con fervor y confianza? ¿ Creéis que tantos millones de mártires tuvieron naturalmente valor? ¿ que despreciasen la vida tantos jóvenes que empezaban á gozar de ella, tantos ancianos acostumbrados á sentir que se acercaba su término, tantas doncellas, tantas madres? Todos tuvieron ánimo, porque el ánimo era necesario, y porque tuvieron confianza. Conociendo vuestra debilidad y obligaciones, ¿ tratasteis de prepararos á los pasos difíciles en que pudierais encontraros, y en que efectivamente os habéis encontrado? Si en tantos años de oficio pastoral habéis amado á vuestra grey, no debia faltáros el ánimo, porque el amor es intrépido. Si amabais, pues, á los que estaban encargados á vuestro cuidado, á los que llamabais hijos, ¿ cómo es que al ver á dos de ellos amenazados, temblasteis por vuestra propia vida y no por ellos? ¿ Y qué hicisteis por esos pobres? Aquí calló en ademan de aguardar la contestacion.

## CAPÍTULO XXVI

Á semejante pregunta no supo D. Abundo qué responder.

— ¿ No contestáis? — preguntó el Cardenal. — Si por vuestra parte hubierais hecho lo que pedia la caridad, cualquiera que hubiese sido luégo el resultado, no os quedariais sin respuesta. Lo que habéis hecho os lo diré yo. Habéis obedecido á la iniquidad, no haciendo caso de lo que os imponia vuestra obligacion. La iniquidad os impuso la transgresion y el silencio, y vos, faltando á vuestro deber, callasteis y obedecisteis. Ahora pregunto yo si habéis hecho otra cosa, y me diréis tambien si no es verdad que anduvisteis buscando pretextos para cohonestar vuestra negativa y no revelar la verdadera causa de ella.

Y aquí tambien estuvo aguardando la respuesta.

« ¡ Hasta esto le han espetado aquellas cotorrás! » dijo para sí D. Abundo.